

LA MANCHA, SOLAR DE ORDENES MILITARES

por FRANCIS GUTTON

Vamos a considerar La Mancha en su aspecto de mayor extensión, es decir tal como la describe la «División Civil de 1878» limitada al Norte por los Montes de Toledo, la Alcarria y la Sierra de Cuenca; al Este por la cordillera de Monte Aragón, los Altos de Chinchilla y la Sierra de Alcaraz; al Oeste por la Serena y al Sur por la altanera barrera de Sierra Morena.

Ancho territorio, de valor estratégico sin par, en el corazón mismo de España, La Mancha iba a tener un papel de suma importancia. Por eso, vemos, en el siglo XII, establecerse en ella las Casas Matrices de tres Ordenes Militares:

- nuestra Calatrava, primera y gloriosa;
- en Uclés, la de Santiago, de no menor fama;
- en Consuega la de San Juan de Jerusalén, de antiguo abolengo.

La Mancha es el único territorio español que pueda gloriarse de tal privilegio.

No hay que negar algunas diferencias entre estas instituciones. La Orden de San Juan, siendo de indole internacional, tenía su Casa principal fuera de España, pero Consuegra era Cabeza en Castilla. La Orden de Santiago tuvo otra Casa-Conventual en San Marcos de León; Uclés lo era para Castilla, y luego siendo unificada España, la Casa de Uclés tuvo siempre preponderancia sobre su emula leonesa.

Por lo que toca a Calatrava, podemos decir que hubo en La Mancha tres Casas-Cabezas de la Orden: la primitiva, en el viejo castillo árabe de la región oretana; otra, en Salvatierra, cuando, perdida la primera, vino la Orden calatravense a apoderarse de esta fortaleza al pie de Sierra Morena, —hecho de armas que mas bien parecía un reto al enemigo que una pretensión de victoria definitiva; y, por último, el Sacro-Con-

vento-Fortaleza, edificio soberbio y majestuoso, merecedor de nuestra admiración y más aún de cariño en nuestro deseo de verlo renacer a una vida digna de su pasado prestigioso.

Al instituirse el Priorato de las Ordenes Militares, siglos después de la Reconquista, bien se ve que La Mancha tenía derecho a recoger en ella la parte honorífica—, última concesión (no digo de gratitud, porque se la regatearon) a las Ordenes que tanto lucharon para rescatar España del poder de sus invasores musulmanes.

El Priorato se estableció en Ciudad Real. Hubo tentativas para instalarlo en Mérida. Con intención de oponerse a esta medida, el Duque de Riansares interpuso su influencia para que fuese Tarancón, su pueblo, elegido como capital del Coto Redondo. Afortunadamente, se volvió al primer proyecto del Concordato: la provincia entera de Ciudad Real fué designada para mantener el recuerdo de las más recias glorias monástico-militares; así lo atestiguan las cruces llevadas por el Obispo-Prior y el Cabildo de la Santa Iglesia Prioral de la capital manchega.

Estas Cruces nos traen el recuerdo de lo que fué la vida de las Ordenes en este gran solar manchego donde se asentaron en el siglo XII.

Primero vinieron los Templarios, con el rey Alfonso VII en su ofensiva contra Andalucía. En 1147, se apoderaron de Kalaat Rawaah y su región, quedándose en la fortaleza hasta que, diez años más tarde, muerto Alfonso VII el Emperador en un sitio de La Mancha que puede ser cerca de la confluencia del río Fresneda y del Jandula, la amenaza almohade obligó a los Caballeros del Temple a pedir refuerzos al rey Sancho III. Incapacitado para socorrerles, el monarca tuvo que afrontar el peligro de ver la plaza fuerte sin defensa, a no ser por la intervención del Abad Raimundo, cisterciense, aconsejado por su Prior Diego Velázquez. Así nació, en 1158, la Orden de Calatrava. Al manto blanco de los Templarios sucedió el manto blanco de los Calatravos.

Otra Orden Militar nació poco después, en 1169, instalándose en Cáceres en 1171: la de Santiago de la Espada. Pronto tuvieron que abandonar su cuna extremeña estos valientes Caballeros, después de perder en ella 40 de los suyos sitiados por el almohade Aben Yakoub. Quisieron instalarse en la plaza fuerte de Castrotoraf; se la negó el rey de León Fernando II, quien la dió a la Iglesia de Roma. De la Iglesia romana los Santiaguistas recibieron la plaza. Se puede imaginar el furor del rey leonés al ver así menospreciada su voluntad; su reacción fué instantánea y brutal: anuló todos los privilegios y posesiones de la Orden en el reino de León.

¿Qué hacer?... Marcharse del reino; ir a Castilla, donde la Orden tenía algunas donaciones; entre ellas los Caballeros de Santiago escogieron Alharilla, con gran contento del rey castellano Alfonso VIII. Para dar a tan brillante Caballería un lugar digno de su valor, el monarca le hizo donación del castillo de Uclés, tenido en custodia por la Orden de San Juan de Jerusalén desde el año 1168.

Uclés iba a tener en la vida de la Orden de Santiago tanta importancia como la que tuvo Calatrava en su misma Orden.

En 1183, Alfonso VIII dió a los Caballeros de San Juan de Jerusalén un castillo muy fuerte en Consuegrá, para poner en él su Casa-Matriz castellana, y para ser residencia del Gran Prior español de la Orden. En su cerco de murallas, el Sacro y Militar Convento Sanjuanista dominaba gran parte de la llanura..

Así, el rey de Castilla hizo de La Mancha un verdadero campo fortificado.

A pesar de esta precaución, una imponente ofensiva almohade destrozó, en 1195, toda la línea de defensa, dejando Toledo en trance de ser conquistada. Eso fué el desastre de Alarcos, tan terrible que no se puede mirar esta silueta blanca, muy cerca de Ciudad Real, —que entonces no existía—, sin experimentar algo de angustia al recordar estos días aciagos. Poco queda de las murallas que vieron este drama de la Cristiandad. También fueron testigos de él los torreones de Caracuel, evocadores en su perfil solitario. Más allá, el viejo Kalaat de la Orden Calatravense conoció la desesperación de ver sucumbir a sus 2.000 defensores al igual que sus hermanos de combate caídos en el campo de batalla.

Y mientras que los vencedores corrían al asalto de otras plazas, hacia el Tajo, y, como una oleada del mar, se volvían, verdadero reflujo destructor, los pocos sobrevivientes entre los vencidos sepultaban sus muertos: los de Kalaat Rawaah; cerca de Carrión, en un sitio que guardó el nombre de Campo de los Mártires, y tuvo por Protectora la Virgen de la misma denominación. Allí fué el primer Panteón manchego.

Víctimas también del desastre fueron los moradotes del hospital fortificado de Guadalerza, habilitado para los heridos y los enfermos de las Ordenes del Temple, de San Juan y de Calatrava. Este edificio, como si fuera protegido por una Cruz Roja invisible, ha llegado hasta nuestros tiempos con una silueta armoniosamente evocadora, a pesar de algunas transformaciones imposible de evitar en el curso de los

siglos, y también de su presente abandono. La vista de estos muros almenados es para nosotros como si se abriera ante nuestros ojos una página intacta del libro de la Historia manchega medieval.

No hay que pensar que Consuegra escapara a la ola islámica; todo este conjunto defensivo tuvo que ser desplazado más al Norte.

Mutiladas, las Ordenes Militares no perdieron sin embargo su valor; refugiadas en castillos que tenían que dejar al poco tiempo, perseguidas, llegó un día en que se aflojó el empuje enemigo, y ocurrió lo contrario de lo que se podía prever: en lugar de un decaimiento, el espíritu bélico y fiel de los Caballeros sirvió de atractivo a muchas energías españolas, hasta tal punto que muy pronto las Ordenes Militares se vieron ricas de numerosas reclutas. Parecía que tantos sacrificios en Alarcos reclamaba otros más para mantener en alto el nivel heroico de la lucha por la Patria y por la Fe.

Por eso, y seguramente por todo lo que significaba el nombre de Alarcos, la Cristiandad entera se juntó a los defensores españoles de la Cruz en la Península; se hicieron preparativos para lo que iba a ser una verdadera Cruzada.

Como prueba de valor, hubo, en 1198, tres años después del desastre, el increíble alarde calatravo de apoderarse de la fortaleza de Salvatierra, a pesar de encontrarse ésta en pleno campo enemigo y bastante lejos de toda base cristiana. Más estupendo todavía es que los Calatravos pudieron resistir allí doce años.

Otra consecuencia: los Caballeros de Calatrava de Aragón tenían intención de atraer a su reino la Casa-Matriz de la Orden: la estancia en Salvatierra lo impidió.

Es cierto que tal situación no podía prolongarse mucho. Doce años ya es algo. Cuando los musulmanes supieron lo que se preparaba en el campo cristiano, atacaron la plaza con medios irresistibles, aunque hubo tal resistencia que se quedaron admirados, y dejaron salir, con honores de guerra, a los Calatravos del montón de ruinas en que su valor dejó para siempre un recuerdo glorioso.

Estas ruinas, las podemos ver todavía; permanecen tal como las dejaron, en 1210, los Moros, para alejar de Sierra Morena la amenaza cristiana.

¿Alejarla?... Dos años después, llegaba allí la formidable expedición militar con carácter de Cruzada, a las órdenes del rey Alfonso VIII, el mismo que sufrió la derrota de Alarcos.

¿Desquite?... Iba a ser mucho más que un desquite.

Venían hombres de todas las regiones de España, y algunos del extranjero. Se veían huestes de todas clases, Caballeros de las Ordenes Militares del Temple de San Juan, de Calatrava y de Santiago. Faltaba la Orden de Alcántara preocupada por otras cuestiones en sus fronteras.

Cuando pensamos en este amontonamiento de guerreros atravesando, desde Toledo, y del Norte al Sur, toda La Mancha, bajo el implacable calor del verano, vemos como una nube de polvo levantada sobre la tierra seca, los ríos sin agua, la fatiga, y la sed que la acompañaba. Pero todo se olvidaba en el ardor del asedio; cayeron las fortalezas de Malagón, y de Kalaat Rawaah*... Camino de Andalucía iban las fuerzas vencedoras; algunas ya se habían apartado de la lucha, —siempre discordia—; otras llegaban para sumarse al imponente ejército.

Llegaron frente a Salvatierra, al pie de Sierra Morena. Del otro lado de la cordillera estaba el enemigo esperando el ataque con un ejército mucho más importante. Llegado el momento del choque, en Las Navas que llaman de Tolosa, fué la masa guerrera la más numerosa la vencida. Y no lo fué por falta de valor ni de medios defensivos; lo fué por el ímpetu, el brío de los Cruzados, y sobre todo por su tenacidad, aún en el momento mismo en que parecía imposible la victoria.

Victoria de muy alta significación: el invasor perdió en Las Navas, en estos días de Julio de 1212, su poder y su prestigio. Poder y prestigio pasaron a manos de los Cristianos.

Las Ordenes Militares de Calatrava y de San Juan recobraron sus Conventos-Fortalezas. La de Santiago, apartada del terreno discutido había sufrido poco en esta lucha; pero, en el campo de batalla su Maestro D. Pedro Arias fué herido de muerte. Lo fué igualmente el Maestro de Calatrava D. Ruy Díaz, y también el Maestro del Temple D. Gómez Ramírez.

Una nueva fase de la Reconquista iba a permitir a las Ordenes Militares reponer sus fuerzas. La Orden de Calatrava erigió una nueva Casa-Matriz, la de Calatrava la Nueva, de mayor importancia que la primitiva. Con tantos Moros cautivos fué posible el esfuerzo titánico de llevar a las cumbres del cerro del Alacranejo la piedra necesaria para la construcción del más soberbio, del más altanero Sacro Convento de España, edificado a lo largo de unos años de tregua que permitieron a toda la región manchega rehacerse.

Después de años de guerra, de hambre, de epidemia, la primera

* Se apoderaron de Piedrabuena, Benavente, Alarcos, Caracul...

preocupación de los Maestres fué el desarrollo de las labores agrícolas. Los laureles cosechados sobre los campos de batallas por las Ordenes Militares se transformaron en doradas espigas, en viñas muy fecundas, en pastos animados por una ganadería cada año más numerosa. Ya no era la «Tierra Seca» bautizada «Manxa» por los Arabes; los des poblados llegaron a ser pueblos de labradores.

Esta transformación se debe, en su mayor parte, al esfuerzo de las Ordenes Militares, y es la continuación de lo que intentó el Abad Raimundo cuando llegó a la vieja fortaleza del Guadiana: había traído aquí miles de labradores con sus familias, de Navarra y del norte de Castilla. Entre las familias navarras de algún relieve muchas figuraron, y figuran quizás todavía en el campo manchego; bien se sabe que una de ellas: los Sagasti-Manzanares, recibió, antes de Las Navas, la custodia de un castillo en un pueblo que guardó su mismo nombre: Manzanares.

En la vida del campo, conocemos la influencia benéfica de las Ordenes que tenían aquí sus Casas-Matrices; influencia extendida poco a poco a otros sectores de actividades: comercio, minas, etc. Porque no se conformaron los Maestres con vivir en el nido de águilas de sus altos castillos; estas murallas debían ser para ellos, en tiempos de paz, algo oprimente; no podían moverse a sus anchas en tan austero cinturón. No tardaron en mirar mas abajo a las llanuras, y escoger algún sitio de más fácil acceso, de menor severidad.

Así, los Calatravos escogieron Almagro; los Sanjuanistas crearon Alcázar; los Santiaguistas, aunque mas cómodos en Uclés, buscaron un cambio de lugar en Ocaña. Ya empiezan a edificarse en estos sitios Palacios Maestrales. Esto significa un avance en la vida de la nación, porque aquí nace una administración, se crean fuentes de riqueza, se discuten problemas como si fueran unas Cortes... ¡Qué diferencia entre la animación de estas villas y lo desértico de antes!

Actividades que no se oponen a la vocación castrense de las Ordenes; todo se prepara para seguir la lucha en dirección del Guadalquivir; será Córdoba la primera ciudad importante reconquistada; luego Sevilla. En Extremadura, en Levante, van las Ordenes a echar la morisma fuera del territorio ocupado.

Del Campo de Calatrava, del Campo de San Juan, del Campo de Montiel (recién confiado a la Orden de Santiago por el rey Fernando III), las fuerzas de las tres Ordenes se juntaban para rechazar siempre más lejos al enemigo todavía fuerte y emprendedor, pero mortalmen-

te herido desde Las Navas de Tolosa. Iban a pasar largos años antes que se declarara vencido. De 1212 a 1492 son casi tres siglos... Siglos de gloria para la España militar.

Mientras tanto los castillos de La Mancha no volvieron a ver el enemigo acercarse a ellos. Estas plazas fuertes tenían una vida intensamente concentrada en sus preparativos para cada expedición contra los moros. Tenían también sus momentos críticos: rivalidades por el Maestrazgo; luchas de influencias entre Comendadores; y no tardaron las Ordenes en sentir el peso de la voluntad regia, no siempre exenta de caprichos arbitrarios.

Al ver reunidas en La Mancha tantas fuerzas firmemente asentadas en sus posiciones, pertrechadas en numerosos castillos, es muy natural que la Monarquía haya considerado la situación con algo de recelo. ...El moro tenido a distancia parecía, —y lo era— menos peligroso ¿Era preciso en este caso dejar en manos de las Ordenes tantas posibilidades de poder una superioridad tan grande sobre otras formaciones guerreras, huestes reales o señoriales?... Aquí, en La Mancha, iba constituyéndose un señorío gigantesco capaz de atacar a las prerrogativas de la Corona: un peligro. Sin tardar, en 1255, Alfonso X decidió contrarrestar la amenaza; así nació Villa Real.

Ocasión de querellas, previstas, seguramente, por el rey. Pero lo que no podía prever era que, unos siglos más tarde, esta Villa Real vendría a ser el centro mismo del culto al valor, al poder, al prestigio de estas Ordenes Militares que fueron para él, en algunos casos, como una pesadilla, aunque tenía que reconocer lo que debía la Patria a su esfuerzo militar.

Este culto sobrevive en la Santa Iglesia Prioral, con su blasón acuartelado cargado de significación. Al lado del Priorato, el Instituto de Estudios Manchegos va aportando a dicho culto una contribución magistral, haciendo revivir las hazañas de las Ordenes Militares, glorias del pasado de La Mancha. Y, entre ellas, evocar con más cariño la Orden Calatravense, nacida en la misma provincia. Bien merece esta preferencia, y se puede decir que, de las tres Casas-Matrices manchegas, es Calatrava la que sobrevive con mas autenticidad.

En Uclés, el tiempo ha traído transformaciones tales que el edificio santiaguista parece ahora palacio, colegio, cualquier cosa grandiosa, desde luego, pero no Convento-Fortaleza. Se le compara al Escorial, con sus líneas llanas, sus numerosas ventanas, —algunas maravillosamente labradas, más semblanza tiene con San Marcos de León.

Nada de eso en Calatrava; el Sacro Convento-Fortaleza sigue tal como se erigió en 1217, destrozado, pero con su propio esqueleto. Se puede decir: aquí estaba la sala capitular, aquí el refectorio, el claustro, el dormitorio... aunque sea bajo escombros. La Torre del Homenaje, la iglesia no han sufrido otras modificaciones que el toque de mano del tiempo. Desaparecieron las trazas de lujo en el adorno interior: no hay que añorarlo; son adornos posteriores a la edificación, y no conviven bien con un estilo guerrero. Más cerca de su estilo inicial quedan estos paredones, sobrios, fuertes, como deben ser una Fortaleza y un Convento.

De Consuegra se guarda también algo del aspecto primitivo. Era mucho menos importante que Calatrava, porque decir verdad, hay pocos castillos entre los de las Ordenes Militares que sigan tan imponente, tan perfecto para la evocación de los siglos que vieron su grandeza.

De las Casas-Palacios Maestrales se puede decir poco; lo mismo en Almagro, en Alcázar, en Ocaña, han tenido destinos completamente distintos, vendidas, aprovechadas para cualquier uso. En una se ve un artesonado, en las otras algún blasón... Es difícil darse cuenta de su importancia en la época de su mayor apogeo... La fama de los Caballeros se ha esfumado allí tras recuerdos algunas veces dramáticos; se habla de los Comendadores como de gente altiva y bastante tiránica. La crítica nos ha dejado algunas citas poco halagadoras, como ésta:

«Almagro — buena jaula — pero malos — pájaros»

Menos severa es la que dice:

«Las Uclesanas
gastan corales
a cuenta de los buenos
Conventuales...»

Pero dejemos de recordar maledicencias. Una u otra, las Ordenes han tenido todas su valor cuando era preciso, y de territorio en territorio han llevado la Reconquista a la victoria definitiva, estando todos los Caballeros reunidos en este día del 2 de Enero de 1492, frente a la Alhambra granadina para ver subir y flamear en lo alto de las torres moriscas la gloriosa bandera de España.

Después, ya no tenían mas laureles que conquistar con su sangre en el suelo-patria. Fué un descanso, una vida más señorial, con más lujo, más dinero, —aunque por poco tiempo—. Los Reyes Católicos, con habilidad, se apoderaron de los Maestrazgos, evitando así tantas

disenciones nefastas para el país. Trataron a las Ordenes con honor y amabilidad, renovando sus Casas, adornándolas. Igual aconteció en tiempo de Carlos V, pero el monarca tuvo que recurrir a los bienes de las Ordenes para satisfacer a las necesidades de sus empresas guerreras. Fué el principio de la decadencia. Estos «empréstitos» fueron de mal agüero. Felipe II siguió este mismo camino, y poco a poco las posesiones pasaron a otras manos.

En los tiempos heroicos de las Ordenes, La Mancha tuvo unos Panteones. El de Uclés ha desaparecido en la nueva edificación; por debajo de los pavimentos modernos, sin epitafios, han sido borrados los sepulcros. Es una lástima no encontrar allí trazas de Maestres célebres. Algunos de ellos fueron llevados a otros sitios, como en San Marcos de León.

En Calatrava la Nueva, tampoco sabemos lo que ocurrió con los restos de los Guzmanes, de los Padillas, de los Girones; sus capillas magnificas se quedan vacías y sin traza ninguna de su antigua belleza. Lo mismo se puede decir de los primeros Maestres sepultados en la Capilla de la Virgen de los Mártires, hoy indescifrable entre escombros. Nada de extraño es que, abandonado el Sacro Convento, las familias se hayan hecho cargo de sus difuntos. El Maestre García López de Padilla y el Comendador Mayor Gutiérrez de Padilla fueron llevados al Convento de la Asunción de Almagro.

Este mismo Convento es un hermoso recuerdo de la Orden de Calatrava; se ha quedado en su conjunto tal como fué erigido en el siglo XVI por el Comendador Mayor Gutiérrez de Padilla. En él han vivido Señoras Comendadoras de la Orden hasta la fecha en que, dejando el Sacro Convento, los Freiles Calatravenses vinieron a asentarse en este monasterio, después de unos años en otro Convento de Almagro.

Los últimos siglos de vida de los Castillos-Conventos vieron el elemento religioso tomar en ellos más importancia; los Caballeros residían fuera de estos edificios; sólo por períodos venían a su antigua Casa. Lo mismo pasaba en Uclés.

Así el drama de la exclaustración encontró en las Casas Conventuales un contingente reducido. Reducido pero muy firme en resistir a su extinción. Los Priors demostraron su valor en defenderse del despojo; de todos modos no podían vencer; fueron víctimas de unas leyes sectarias.

De leyes en Bulas, han llegado las Ordenes Militares a salvarse

de un naufragio, uniéndose, creando un Priorato de las Cuatro Ordenes, en espera de tiempos futuros reintegrándolas, no en sus privilegios, —que son cosas impensables—, sino en una vida de más actividad.

Seguramente, cuando, en Madrid, se reúnen los Caballeros en los Conventos de Comendadoras, sean las de Calatrava, sean las de Santiago, no pueden dejar de sentir sobre sus hombros, con el peso del manto capitular, el recuerdo del pasado de sus Ordenes.

En el Convento de las Comendadoras de Santiago queda vivo el ambiente de los combates de antaño: cuarenta y siete estandartes, colgados de las cornisas de las bóvedas de la iglesia, —cada uno con el nombre de una victoria—, están aquí tales como los pusieron cuando se edificó este templo. El monasterio mismo del siglo XVII guarda su aspecto de grandeza. A estos recuerdos gloriosos se añaden otros de igual valor, más recientes: una placa de mármol nos muestra, acompañado de los nombres de 18 Caballeros de la Orden, el de José Antonio Primo de Rivera, Caballero Santiaguista. Como tal combatió por la Patria y por la Fe. Como los Caballeros mártires de antes, murió por su mismo ideal.

Y esto bastaría para demostrar que siguen vivas las Ordenes Militares, siempre capaces del supremo sacrificio. Sobrevive el prestigio y sobrevive la voluntad de no perecer.

¿Recuerdos?... Son inolvidables ¡A lo que queda de las fortalezas, van unidos nombres que tuvieron su parte de celebridad. La Mancha es terreno rico en trazas del pasado. Desde los días en que cayeron los Siete Condes al lado del Infante-niño Sancho, en las cercanías de Uclés; desde que murió el hijo del Cid ante Consuegra, cuántas batallas, en que la Cristiandad tuvo su larga parte de sacrificios! Y cuántas revueltas con influencia certera sobre la vida de la nación... Que diremos al ver el castillo de Montiel, pensando que se introdujo en España una dinastía nueva, —«reyes nuevos», por culpa de una lucha fratricida que nos llena de espanto, ocurrida a la vista de esta fortaleza santiaguista en una noche de Marzo de 1369?

¿Quién sabe si, cuando la Beltraneja se escapó del castillo de Belmonte, no dependió de la altura de una ventana el acceso al trono de Isabel de Castilla?

Cuántos muros almenados fueron testigos de hechos importantes en este ancho solar de Ordenes. Viajar por tierras de La Mancha es una evocación constante.

Entre castillos santiaguistas, hay uno, poco conocido, que me place sacar un breve momento de su soledad. Está bastante lejos, casi en

territorio de Jaén, pero pertenece a la Provincia de Ciudad Real, y es vecino de la Torre de Juan Abad, del ilustre Santiaguista D. Francisco de Quevedo. Es el castillo de Montizón, escondido en un pequeño valle donde corre tranquilo el Guadalén; dominando el río se levanta el recinto almenado.

Es una cosa muy curiosa: donde no hay caminos de fácil acceso casi siempre se encuentran los castillos mejor conservados; semejante sorpresa tuve en Azagala, a unas leguas de Alburquerque, y en Castelnovo, —el antiguo Mojafar—, cerca de Villanueva de la Serena. Los dos, lo mismo que Montizón, pertenecen a particulares y siguen con buen aspecto.

En el de Montizón, la Torre del Homenaje, de grandes proporciones, está adornada, en sus diversos pisos, de elegantes ventanas ogivales. Dos murallas almenadas cercan la fortaleza. Sin esfuerzo podemos evocar lo que era una Encomienda de tipo campestre, en medio de sus tierras bien cuidadas. El Castillo, como ahora, abrigaba a los labradores con sus familias, los graneros, las cuadras... Parece que nada ha cambiado desde los tiempos en que esta hermosa Encomienda perteneció a D. Pedro de Iranzo, hermano del Condestable Miguel Lucas. Nada ha cambiado, menos el aparato bélico preciso en los tiempos agitados de antes, y el acopio de provisiones para soportar asedios bastante frecuentes...

Sobre las piedras tostadas del bello castillo me parece leer en sus interesantes detalles las páginas tan evocadoras de la crónica del Condestable... Tiempos inseguros, vaivenes del favor real, subidas y caídas de los validos. Son recuerdos y lecciones de castillos y palacios.

En Alhambra, ruinas, hoy, aprovechadas para palomar, la roja fortaleza, del mismo color carmesí que la tierra que domina, cayó en manos de un turbulento santiaguista, D. Alvaro Núñez de Lara metido en líos a cada momento, pero sería injusticia no reconocer el impulso de prosperidad dado por él a toda la región, tanto que Alhambra llegó a ser la segunda de las tres cabeceras del Campo de Montiel.

En Infantes, también se recuerdan hombres de actividades poco tranquilizadoras: los Infantes de Aragón; uno de ellos, Enrique, Maestre de Santiago, tuvo una carrera de intrigas, de conspiraciones, fué preso; exilado; volvió a intrigar. Y a pesar de esto, hizo para este pueblo tan simpático esfuerzo que de aldea, La Moraleja, vino a ser un pueblo rico y crecido, y con tal lujo que Montiel, cabeza del Campo, se quedó en

la sombra y cayó poco a poco en decadencia, hasta tal punto que fué necesario transferir en aquel sitio la residencia del Vicario de Montiel. Por tan apreciado trato de parte de D. Enrique y de su hermano don Juan, los habitantes pidieron el cambio de nombre de su pueblo: querían ser «de los Infantes», y lo han conseguido.

Pasó lo mismo en el Gran Priorato de San Juan cuando, a pesar de la lucha enconada entre los Zúñigas y los de Alba, el pueblo de Argamasilla tomó el nombre del testarudo Diego de Toledo, de la Casa de Alba, por ser creador de su prosperidad después de un largo periodo de calamidades.

Vida más intrigante y tumultuosa puede haber que la que se desarrolló alrededor del majestuoso castillo de Belmonte? ...Primero con Juan Manuel, más tarde con el Maestre de Santiago D. Juan Pacheco, aliado de su hermano el famoso Pedro Girón, Maestre de Calatrava? ...Sin embargo, cuantas obras benéficas hicieron, Monasterios, colegios, hospitales ...Una mezcla de orgullo, de espíritu combativo, y el deseo de dejar sus pueblos bien asentados y prósperos.

Al lado de estos nombres van los de los Manrique, padre e hijos, enemigos de los Pachecos. Contienda que se acabó cerca de Uclés por la muerte del Caballero-Poeta D. Jorge, episodio conmovedor de una lucha de ambiciones, en el cual se ve al Pacheco, causa de la desgracia, mandar al malherido sus médicos y sus excusas. En el Panteón de Uclés, D. Jorge fué a meditar, en el secreto del «más allá», al lado del sepulcro de su padre, la nostálgica filosofía que le había enseñado una existencia de luchas poco conforme con su alma de poeta.

Un siglo antes, en su castillo de Garcimuñoz, D. Juan Manuel, en contraste con una vida de constante turbulencia, se ponía a soñar cosas no menos llenas de poesía y de filosofía, antes de ir a descansar en el sepulcro de su Peñafiel querido.

De nombres tan llenos de vida, tan metidos en las aventuras de una época levantisca, quedan infinidades de trazas en toda la Mancha. —como también quedan recuerdos de las Casas de Mercedes por la Orden de Santiago para el rescate de cautivos en Uclés, en Alarcón, como la hubo en Moya. Ejemplo seguido desde el siglo XII por los Hermanos Trinitarios. De estos Hermanos puede hablar Cervantes; sin ellos quizás no hubiera venido a reinar sobre la Mancha su inolvidable Señor: el Quijote.

Porque parece que se ha incautado del territorio manchego un tal Alonso Quijano, el Caballero andante tan cerca de nuestro corazón.

Nadie atravesará la Mancha sin buscar en ella lo que imaginó Cervantes y antes de fijarse en recuerdos de la Historia.

Es así como la pluma vence a la espada.

Pero que no se deje vencer. Al lado de la ficción, y antes que ella, hay la realidad histórica. No hay que olvidarla. El culto a los actos de valor es siempre necesario; cada día más necesario para no dejarnos sucumbir bajo el peso de la materialidad.

Hoy, sobre los hermosos campos de la Mancha, velan los testigos de tiempos heroicos: los castillos roqueños, o los de las llanuras, contemplando las vegas fértiles que de un mal trado desierto hicieron nacer generaciones de guerreros y de monjes, seguidas en su esfuerzo inicial por las poblaciones trabajadoras. Es un paisaje de paz. Y así lo ha descrito Víctor de la Serna en unos de sus reportajes sobre la Mancha desconocida:

«El territorio antiguo de Calatrava: una enorme vega que recuerda a la de Granada».

Así he visto yo la Mancha, no solamente en el Campo calatravense, pero también en los Campos de Santiago y de San Juan. Si Víctor de la Serna no pasó por Consuegra, lo lamento yo porque hubiera visto que esta comarca sanjuanista merece ser visitada y puede soportar la comparación con sus vecinas.

Por todo lo que tuvo que sufrir, la tierra manchega tenía derecho a disfrutar de una paz bien merecida.

Tres Sacros Conventos-Fortalezas. Tres Campos con los títulos gloriosos de tres Ordenes Militares. Tres grandes ciudades creadas por estas Inclitas Caballerías; una multitud de pueblos repoblados o engrandecidos; tierras y tierras repuestas en valor; las huestes del invasor islámico rechazadas fuera de España; un cambio enorme, fantástico... tales son los resultados de la labor gigantesca de los Maestres, de los Priors, de los Comendadores, de los Caballeros y de los Clérigos de las Milicias Cruzadas que vinieron a asentarse en la Mancha.

En el Campo de Calatrava, —el más antiguo de los que crearon las Ordenes Militares, está la Santa Iglesia Prioral de estas Milicias gloriosas. Sobre este paisaje de paz, una torre robusta y elegante alza al cielo la Cruz Salvadora, extendiendo sobre los antiguos campos bélicos su promesa eternal. Al pie de la blanca torre, en el coro de Nuestra Señora del Prado, las salmodias del Cabildo nos recuerdan las de los Caballeros en los templos de sus Sacros Conventos-Fortalezas. Aquí, como antes allá en Calatrava, en Uclés, en Consuegra, al pie del altar mayor

la muerte pone su marca fúnebre: una losa nos dice que yacé bajo ella el VII Obispo Prior de las Ordenes Militares, el Rvdmo. Sr. D. Narciso de Estenaga y Echevarría, Cruzado Caballero de Santiago antes de ser Obispo», caído con la Cruz Santiaguista al pecho, en 1936, en Peralbillo, en las riberas del Guadiana.

Al Campo de los Mártires de Kalaat Rawaah responde esta losa de la Santa Iglesia Prioral. Y si, sobre las risueñas y verdes vegas manchegas siguen irguiéndose gran parte de los torreones de sus castillos para recordarnos las hazañas de sus moradores, a quienes España y el Occidente deben su liberación del yugo islámico aquí la esbelta torre catedralicia que percibimos desde lejos, nos dice:

«A mi pie, yace el primer Obispo-Prior Mártir. Murió por la fe cristiana como murieron, en 1195, los Mártires Santiaguistas, Calatravos y Sanjuanistas, en Alarcos, no lejos de aquí».